

## ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
CAPÍTULO I. LOS REGRESOS .....	15
CAPÍTULO II. DE LA TIERRA AL ALQUITRÁN .....	21
CAPÍTULO III. TEMPUS FUGIT .....	25
CAPÍTULO IV. LOS OLORES .....	29
CAPÍTULO V. COCIDO, MIGAS Y BACALAO .....	33
CAPÍTULO VI. ¡TORTAAAS, NEGRIIIIITOOOOS, MADALENAS!	37
CAPÍTULO VII. ENTRE VARILLOS Y CASCABULLOS.....	41
CAPÍTULO VIII. EL BARRIO .....	47
CAPÍTULO XIX. LOS VIAJES A LA VENDIMIA .....	57
CAPÍTULO X. CORTADORES Y PORTEADORES.....	71
CAPÍTULO XI. LOS ALOJAMIENTOS.....	77
CAPÍTULO XII. LA VUELTA.....	83
CAPÍTULO XIII. FRANCIA.....	87
CAPÍTULO XIV. ESA EDAD TAN DIFÍCIL.....	91
CAPÍTULO XV. PEGATINAS, CARTELES Y MÍTINES .....	101
CAPÍTULO XVI. DEMOCRACIA MUNICIPAL .....	107
CAPÍTULO XVII. EL INSTITUTO.....	111
CAPÍTULO XVIII. CÓMO HEMOS CAMBIADO .....	117
AGRADECIMIENTOS:.....	121



*“Cuando era más joven viajé  
en sucios trenes que iban hacia el Norte”.*  
*Joaquín Sabina*



## PRÓLOGO

A mediados de marzo de este año, 2017, recibo un *email* de Rafa Valenzuela y al término de su lectura me sorprende gratamente su contenido: me pide que le escriba el prólogo de su nuevo libro, *Antier*, y para ello esgrime algunas razones tales como el respeto y afecto que me tiene - que sin duda es recíproco -, por estar yo inmerso en algunas de las historias que él cita en estas páginas y también por ser conocedor de los jóvenes compañeros y compañeras tuyas que en la década de los 70 formaban parte del alumnado del colegio de la Salud. Sin dudarle un instante le llamé al móvil de inmediato para comunicarle mi aceptación de la tarea y que él valorara después si merecía la pena incorporarlo al libro. Al día siguiente recibo la copia del texto a fin de que conozca los temas sobre los que he de tratar en estas líneas.

Así que me puse manos a la obra, para lo cual, además de realizar una atenta lectura del borrador, tenía que recoger algunos datos sobre el autor; asunto este último fácil de solventar gracias a la presentación que Joaquín Casado hizo de su anterior libro *Años de picón y ditas* -al que remito al amable lector/a- y de la que únicamente deseo resaltar el hecho de que Rafa, de la misma manera que se convirtió en un gran periodista podría haberse realizado como maestro, lo que me lleva a pensar: ¡qué gran maestro cedió el Magisterio en favor del Periodismo! De su implicación desde muy joven en la vida social y cultural del pueblo ya dio

buena cuenta Joaquín en la citada presentación, así que paso a referirme al contenido del libro que tenéis entre las manos.

Una primera imagen que se formó en mi mente tras leer los primeros capítulos fue la del submarinista que, conocedor de los tesoros que esconde el pecio hundido en el fondo del mar, se sumerge una y otra vez para rescatar los valiosos tesoros que en él se encuentran en forma de recuerdos, emociones, sensaciones, vivencias, etcétera, que conforman una etapa muy importante y añorada de su vida. En una segunda imagen creo ver en Rafa la imagen de Andreu, ese niño protagonista de *Pan Negro*, con sus ojos abiertos como platos, interesado en todo lo que ocurre a su alrededor y captando los distintos aspectos de la vida que transcurre en su familia, su barrio -incluido su colegio-, su pueblo y ese lugar, lejano entonces, al que dedica varias semanas de su vida al año.

En estas páginas vas a conocer las reflexiones que hace su autor sobre diferentes aspectos de la vida del pueblo, que él recuerda con especial cariño, entre los que destacaría el barrio, el instituto, la vendimia en Francia y el tránsito de la dictadura a la democracia en la segunda mitad de los 70 del pasado siglo. Rafa va describiendo los cambios que observa en el pueblo, disfruta recordando sus paseos por el campo, con sus amigos, en especial sus incursiones en la Sierrezuela, los olores que percibe.... Pero tal vez por su edad de aquellos años se le nota el gozo con que recuerda y describe las meriendas de que disfrutaba la chavalería por las tardes. La mudanza de su familia desde la calle Sevilla al Barrio de la Salud fue un acontecimiento excepcional y recuerda y repasa las tiendas y posteriores supermercados, a sus dueños, el buen ambiente que se respiraba y en especial el agradecimiento y cariño con el que trata

a sus padres cuando los cita. Y los cita con frecuencia, en especial cuando acompañaba a su padre a las tareas que como jornalero realizaba en distintos lugares, pero que le ocupaban menos meses al año de lo que hubiesen deseado. De pequeño ya percibía, cuando lo acompañaba al tajo, la dureza de los trabajos del campo al recoger aceituna, regar las cosechas, recoger algodón, viajar a Francia a la vendimia... trabajos duros que sin dudar le marcaron y contribuyeron a moldear el compromiso social que Rafa ha demostrado desde entonces.

Como buen estudiante que fue, tiene una memoria prodigiosa para recordar a sus compañeros y compañeras tanto del colegio La Salud como del Instituto y la admiración que siente por ellos y por el profesorado que le ayudó a conformar su personalidad en aquellas etapas de su vida. Pero sin lugar a dudas los viajes anuales que hacía con su familia a Francia a participar en la vendimia forman una parte muy importante de estos recuerdos y vivencias, pues en aquella época eran casi la única manera de viajar lejos del pueblo. Se deleita con los viajes de ida, disfrutando de la compañía, de los paisajes, de las ciudades por las que pasa, (algo menos de los trenes de entonces), de las gentes que observa y sufre cuando describe las duras condiciones que en muchas ocasiones se daban en los tajos. También presta atención a las pobres condiciones de los alojamientos en que tenían que vivir los casi dos meses que duraba su estancia en tierras extranjeras.

A mediados de los 70, el paso de la dictadura franquista a la democracia pilla a Rafa en plena pubertad, edad en la que se conjugan los juegos de calle en grupos de amigos, las salidas al campo, con inquietudes por lo que pasa en su entorno. Pone el foco en la llegada de los hijos e hijas de la clase trabajadora al Instituto, en los cambios de contenidos

y métodos educativos en los centros en los que estudia, en la aparición de carteles, pegatinas y mítines por las calles con la consiguiente irrupción de partidos y sindicatos que pretenden encauzar las ansias de participación, tanto a nivel nacional como municipal, resaltando algunas personas de Posadas que ocuparon cargos políticos en ámbitos diferentes.

En definitiva, como decía al principio en estas páginas encontrarás imágenes, recuerdos, emociones, sensaciones, vivencias, muchas de las cuales podrás compartir con su autor y que tal vez te lleven a seguir su ejemplo y te animen a recuperar los “tesoros” que se encuentran escondidos en tu memoria o tu corazón y que algún día pueden formar parte de la memoria colectiva de Posadas o al menos de tu memoria familiar.

JUAN RUBIO LOZANO



## CAPÍTULO I LOS REGRESOS

La partida, la marcha, el abandono, la ruptura con el nido en el que uno se ha criado y ha ido echando las raíces y las venas que le han ido inyectando vida tiene pocos aspectos positivos. Por más que uno quiera volar, salir fuera, conocer mundo, vivir mejor, siempre tendrá en su imaginario, en lo más hondo de su memoria y de su corazón el lugar en el que abrió los ojos, sus gentes, sus casas, sus plantas, sus juegos, sus ilusiones y sus desengaños. Lo único que tienen de positivo estas marchas, estas separaciones, son los recuerdos y los regresos. En los primeros, cada cual mantiene vivo lo más hermoso, lo más añorado de aquel tiempo que se volatilizó sin dejar más huella que las cicatrices de la memoria. Y los regresos, cuando los hay, tienen de gratificante la oportunidad que nos brindan de volver a aquellos espacios, a aquellos lugares, a aquellos encuentros y alimentar la mente y el corazón con el aroma que se mantiene impregnado en algún espacio oculto de nuestro interior, pero en el que de vez en cuando se abre una rendija para que nos asomemos.

Pero también tienen los regresos, no pocas veces, un sabor agrídulce, una carga considerable de frustración y aroma a engaño. Amigos que ya no están, un patio que ha dejado paso a un nuevo e impersonal edificio, un antiguo solar de juegos convertido en granítico e inhóspito lugar de tránsito o un arriate cuyo espacio lo ocupan fríos marmolillos

de hierro que delimitan las calzadas. Para contrarrestar ese sinsabor, existen los regresos virtuales, irreales, oníricos, que son aquellos en los que nuestra imaginación nos hace vernos andando por los lugares de nuestra infancia, con las mismas luces, los mismos colores, los mismos sonidos, invariables por muchos años que pasen por ellos, porque nuestra memoria, nuestra retina, nuestro corazón no permite su desaparición. Son aquellos otros, los regresos fugaces los que nos aportan los momentos de melancolía que genera la distancia y el tiempo de separación. Aún así, los retornos a los orígenes, los reales, siempre tienen algo valioso porque pese a que en ellos se aprecian los desajustes, las muescas, la metamorfosis que el tiempo ha ido propiciando en cada rincón, en cada esquina, en cada maceta, en cada cara... queda siempre entre todo ello algo que, por insignificante que sea, consigue conectar con ese resorte que todos llevamos escondido y que permite que volvamos, momentáneamente, al minuto de nuestra partida.

Nos ofrecen los regresos unos sentimientos casi tan emocionantes como la propia llegada. Son los tránsitos, la víspera, los minutos previos, los que representan aquellos momentos en los que el hormigueo en el estómago y la aceleración de los latidos del corazón nos ponen alerta y activan todos y cada uno de los anhelos almacenados. El camino de vuelta es casi tan estimulante, tan emocionante, como el reencuentro mismo. Preguntas de todo tipo afloran a nuestra mente, si existirá tal o cual espacio, si vivirá aquel o aquella abuela que nos contaba historias en las noches del verano, si fulano o mengano seguirá siendo tan aficionado al fútbol, qué hará mi amigo aquel o mi primo cuando me vea, si estará muy cambiada mi antigua casa o si el paseo seguirá oliendo a azahar cuando se asoma la primavera.

En mi vida no han sido muchos los regresos reales que puedo contar, pero quizá por la edad en la que los viví, la infancia y la juventud, y la predisposición anímica de esa etapa de la vida, que lo carga todo con un tinte de trascendencia considerable, tuvieron esas vueltas a casa una destacada presencia en mi memoria. Los regresos más significativos, los que jamás desaparecerán de las páginas de mi biografía interior, son los que se producían en torno a los primeros días del mes de noviembre de cada año, después de haber permanecido casi dos meses (qué son dos meses para quien se marchó para no volver o solo hacerlo de año en año) después de la campaña de la vendimia. Quizá sea la edad en la que se producían esas partidas y esos regresos lo que le dé un significado especial. La infancia, la adolescencia y la juventud son etapas vitales en las que todo se magnifica, se nos antoja más decisivo, y por eso estar fuera de tu pueblo, de tus amigos y de tu ambiente un par de meses supone una brecha importante en tu incipiente trayectoria vital. Así, cuando cada año el tren, entonces el rápido Madrid-Cádiz que llegaba a Posadas sobre las cinco y media de la tarde, hacía su parada en el andén de la estación malena y poníamos el pie sobre su gravilla, era como si un resorte espoleara todos los poros del cuerpo por los que recibir sensaciones para recuperar todo el tiempo perdido.

Lo más llamativo, al menos para quien esto escribe, era el blanco de la cal, que pese a ser el mismo que me venía acompañando durante el resto del año y de los años, parecía reflejar una claridad nueva, impoluta, como vestida para la ocasión, para sorprender al visitante que llega desde otros confines donde paredes, tapias y tejados están permanentemente teñidos de tonalidades cenicientas, pardas o incluso negras. El blanco de las casas de

las calles de Posadas me parecía cada año más auténtico, más limpio, más brillante. Un blanco que, potenciado por la luz con la que se pronuncia en esta tierra el sol la mayor parte del año, hacía del encuentro con quien viene de tierras donde la lluvia es una constante y la luz solar aparece ligeramente atenuada, un momento sublime. Después viene volver a pisar las calles; doblar las esquinas; entrar en los portales; oler las tabernas; escuchar los canarios o los perdigones en los patios; sumergirte de nuevo en una rutina, que, por cotidiana y reiterativa, no deja de ser añorada cuando uno sale de su pueblo.

Si una persona como quien esto escribe ve estallar un sinfín de emociones con cada reencuentro con su tierra, qué no sentirán aquellos que solo pueden disfrutar de la vuelta en contadas ocasiones o que, lamentablemente, no han tenido la fortuna de experimentarlo. Todos esos recuerdos, para quienes los vivimos en unos momentos no tan fáciles y no tan vertiginosos como los actuales, configuran una realidad que no deja de asomarse a la ventana de nuestra consciencia apenas ésta baja la guardia. Recuerdos, vivencias y experiencias que forman parte de los pilares que sustentan el edificio que alberga la persona que hoy somos. Por eso, siempre tiene uno, y a medida que avanza la edad más aún, la necesidad de revivirlos. Refugiarse en los recuerdos permanentemente no es una terapia recomendable, pues las exigencias de la vida cotidiana nos reclaman estar permanentemente en guardia y vivir en el limbo no beneficia en absoluto para solventar sus exigencias con éxito. Pero también es verdad que no tener momentos de evasión, de refugio de esa vorágine que nos come a diario, tampoco sería saludable para nuestra integridad mental. En estas líneas que apenas han comenzado a hilvanarse irá fluyendo, como si de una bengala

aromática se tratara, el hilo de humo por el que en no pocas ocasiones ha viajado mi cabeza cuando intenta revisar aquellas estampas cotidianas que se fueron quedando grabadas tras el vaho que se ha ido formando en el espejo sobre el que se refleja mi vida y la de los que me han rodeado.



Imagen de la entrada del barrio de la Salud por la calle Séneca, en los años 70 (Archivo Familia Pérez Ledesma).